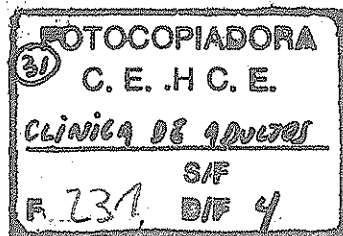


sus conjeturas, que no confirmó sino en parte. Jensen le escribió que había muerto la niña con la cual había jugado y amado de chico. Jensen, que no es N. H., escribió un delirio histérico desde una posición neurótica.

Jose Langhe  
Set 91

Isidoro Vegh

## MATICES del psicoanálisis



### *Acerca de un tratamiento posible de la psicosis\**

“Dejaremos aquí por ahora esta cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis, que introduce, como se ve, la concepción que hay que formarse de la maniobra, en este tratamiento, de la transferencia.

Decir lo que en este terreno podemos hacer sería prematuro, porque sería ir ahora “más allá de Freud”, y la cuestión de superar a Freud ni se plantea siquiera cuando el psicoanálisis de después ha vuelto, como hemos dicho, a la etapa de antes.

Es por lo menos lo que nos aparta de todo otro objeto que el de restaurar el acceso de la experiencia que Freud descubrió.

Pues utilizar la técnica que él instituyó, fuera de la experiencia a la que se aplica, es tan estúpido como jactarse con el remo cuando el navío está en la arena.”

J. LACAN

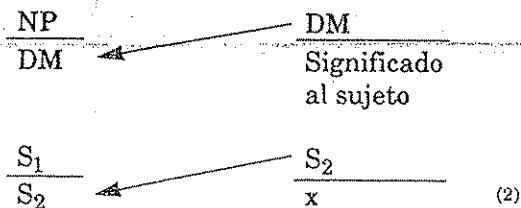
De aquí partimos, incitados por las fulgurantes estelas que Lacan con Freud nos legó, aunque sin la esperanza que el epígrafe insinuaba: a qué aguardar que el retroceso al tiempo pre-freudiano se agote, cuando la insistente luz insufrible de su obra colecciona en antifrase las variantes en que el Inconsciente se pierde. Desde la arena, cuidando que los espejismos tentadores no nos confundan consistencias y efi-

\* Trabajo presentado en las: Jornadas de la Clínica Freudiana: Neurosis, Psicosis, Perversión. Escuela Freudiana de Buenos Aires. 14, 15 y 16 de diciembre de 1984, en el Centro Cultural San Martín.

acias, abrimos nuestra cuestión: "Un tratamiento posible..." admite que este trabajo no intenta más que ofrecer, entre otras, también a prueba, una vía: la que transitamos y a la que fuimos llevados por nuestra práctica con psicóticos como por las que nos llegaron en los relatos de otros autores.

Reiteración de fracasos, también de algún acierto, el despliegue consistente de sus razones se nos impuso tanto como el cuidado en no apresurar una conclusión. Hoy exponemos las que no pretenden ser más que hipótesis a verificar en la seriación de la experiencia.

Alguna vez Lacan respondió que también en la psicosis su álgebra valía:  $\$$ , a,  $S_1$ ,  $S_2$ . No dijo cómo. Va entonces nuestra opción en la línea anunciada: en la psicosis el significante representa al sujeto para un Otro forcluido.<sup>1</sup> Otro forcluido, dice que una instancia fue elidida: por ausencia de la Bejahung (afirmación primordial), la represión primaria fracasa: Uverdrängt, operación en que el Nombre del Padre —así llamo al  $S_1$ —, sitúa al Otro real, primordial — $S_2$  lo escribo— como serie en falta, lo que equivale a bajo la barra,



Arriba de la barra DM, Deseo de la Madre, cae bajo la barra, represión instituyente, si ello es sancionado por lo que arriba de la barra inscribo como NP, Nombre del Padre, produciendo un efecto, Significado al sujeto. Es lo que Lacan presenta como Metáfora Paterna; propongo que es equiva-

<sup>1</sup> Benjamín Domb nos acercó por primera vez a esta proposición.

<sup>2</sup> Partición intersticial del sujeto, un significante lo representa para otro significante. Es pues una anticipación azarosa situar un significante sin el otro.

lente a las fórmulas que escribo debajo, donde el Deseo de la Madre como Otro primordial, lo escribo como  $S_2$ , batería de los significantes, que será completa mientras no caiga bajo la barra, en cuyo momento un significante en más,  $S_1$  que se sitúa encima lo produce como un Otro en falta y en el lugar de la x una eficacia: un sujeto se instituye allí donde primero sólo había algo en posición de objeto; propongo estas dos fórmulas como equivalentes.

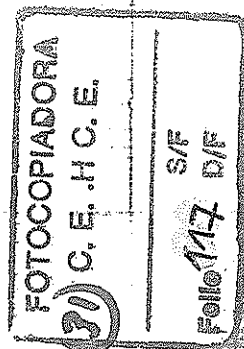
$S_1$ , memoración de un goce perdido, goce incestuoso, libera al sujeto del lugar en que es apresado en el deseo del Otro primordial, es objeto absoluto del goce del Otro. Si allí persiste, como Schreber, será como lo creado a merced del creador, objeto a en lo Real: "Schreber sabe y siente que él es la mujer de Dios". Ausencia de la metáfora instituyente deja al sujeto al borde de un abismo: cuando desde una instancia tercera sea llamado a responder por el significante ausente —en Schreber por la procreación que implica qué es un padre— la ausencia del producto de su operación — $S(A)$ — lo desliza en las respuestas propias de la psicosis. Que esquemáticamente y siguiendo a Lacan las agrupo en cuatro instancias: primera, cuando el sujeto se encuentra ante el agujero allí donde tendría que responder a lo que el Otro le reclama, se produce un desanudamiento, el eslabón de lo imaginario se desprende, disolución de lo imaginario formalizado en su doble vertiente: de la imagen especular, producirá los fenómenos que la Psiquiatría clásica describió como de desrealización y fin de mundo; de la instancia yoica, presentará los fenómenos que la Psiquiatría clásica llamó de despersonalización, corps morcelé, evisceración, fragmentación. Segundo grupo de elementos que se producen en la psicosis: el Otro forcluido retorna desde lo real bajo dos modos, los subdivido, de lo insignificante y de lo demasiado cargado de significación. El modo de lo insignificante es lo que aquel a quien Lacan reconoció como su maestro describió agudamente en la fenomenología del automatismo mental, último lazo —dice Lacan, ya que es él y no su maestro quien da la razón de ese fenómeno— por el que el sujeto aún mantiene alguna

ligazón al Otro. Automatismo mental, neologismo, producto que Clerambault llamaba anideico, en realidad carente de significación, cuchicheo de las voces entremezcladas que nada dicen, salvo que el sujeto siente que hay otro cuchicheando, retorno desde lo real como lo insignificante, último lazo a ese Otro que se aleja. También retorna desde lo real, en cambio, una significación para el sujeto demasiado pesada: la injuria, palabra que deja al sujeto sin otra posibilidad que la de quedar situado como objeto siderado, y el mandato, mandato de goce, mandato de muerte, y su equivalencia: es un goce que implica la muerte. Por último el delirio, siguiendo a Freud, no es más que un intento restitutivo donde el sujeto intenta inscribir su nombre ante el reclamo que el Otro le dirige desde lo Real.

Constituída la estructura, el psicótico al que se invita a la cura (es raro que la reclame) si ella se ofrece en la relación a un otro, un analista, éste precipitará por la eficacia de la estructura, la estructura psicótica, en Otro absoluto y como Otro absoluto, he aquí la paradoja que la lógica explica, se hace equivalente al otro (con minúscula), generando la relación mortífera al semejante, la tensión agresiva incontrolable como en los fenómenos del doble; o como mejor opción la huida. ¿No es acaso el destino más frecuente en el tratamiento de las psicosis?

Con Freud —como tantas veces— decimos que en la psicosis no hay transferencia, y agrego, simbólica, que permita una dialéctica como en el análisis de las neurosis: el psicótico no demanda desde su síntoma como un enigma que pide por un saber no sabido. Menos aún lo atribuye al analista. Si por alguna razón esto se alcanza (lo común es que el psicótico ofrezca su certeza), el resultado será catastrófico: transferencia reducida a lo real, concluye: “me matas o te mato”, donde la muerte es el goce sin límite como objeto del Otro.

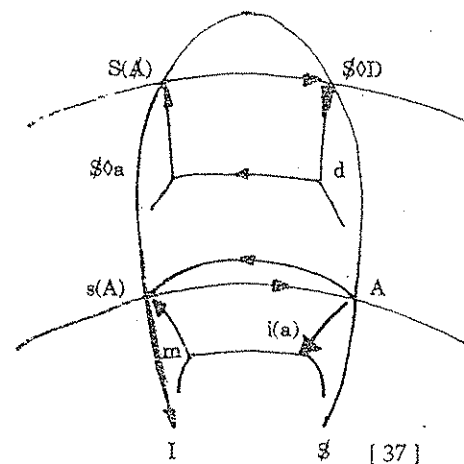
Cuando esa instancia de relación al Otro absoluto se instaura, el sujeto allí consume su ser y el pasaje al acto (man-



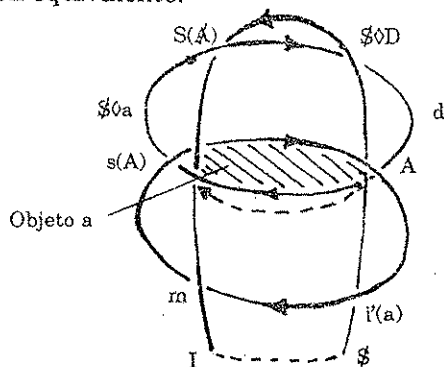
dato de muerte del Otro) dice un destino posible. También el suicidio como intento fallido de liberación.

Pero todo esto en tiempo previo —como en Schreber— a la estabilidad que el delirio ofrece: entonces el sujeto anuda su ser al reclamo del Otro. Cuando Schreber produce su delirio no lucha más contra esa idea: “qué bueno que sería ser una mujer en el momento del coito”, al contrario, puede inscribirlo como un sentido para su vida; fuera del goce fálico que instaura la metáfora paterna, el psicótico se ofrece al goce del Otro como goce de la mujer: posición transexual de Schreber.

Joyce, enseñó Lacan, estabilizó su estructura psicótica en la trama que tejó por su escritura: tardó más de dieciséis años en producir su texto “Finnegans Wake” constituido de una multiplicidad de lenguas, dialectos donde cada frase, cada palabra es una conjunción de enigmas. Joyce, enseñó Lacan, estabilizó su estructura psicótica en la trama que tejó por su escritura, por ella anudó los eslabones de sus registros. Nuestra pregunta: ¿por qué la escritura parece apta para esa función?, ¿por qué, en Joyce, la escritura es una exposición multiplicada de enigmas?, ¿por qué, aún, su broma: ser leído por doscientos años de universitarios?, y por último ¿qué resta de la operación, o de otro modo, en qué consistirá, si la hay, una cura posible de la psicosis?



Ultimo de los cuatro grafos que Lacan escribe en "La subversión del sujeto y dialéctica del deseo",<sup>3</sup> la reduplicación de los pisos —dice Lacan— no es la relación de significante a significado sino dos instancias del significante. Partiendo del lugar de la necesidad que en este grafo Lacan sustituye por el del sujeto barrado, parlêtre, sujeto constituido como tal porque la palabra lo habita, la línea intencional avanza hasta producir este trazo I, trazo primero de la identificación al ideal. La s minúscula, tiempo de la significación, cuando el sujeto produce el mensaje. A, Otro absoluto desde donde retorna la palabra si aparece con el espesor de una significación sin brecha, lo que se llama el superyó. S fuera del paréntesis y una A bajo la barra: lo que se obtiene cuando la operación que llamamos instituyente, la represión primaria, alcanza al sujeto que el Otro es un Otro en falta y se lee como significante de la falta en el Otro, S(A). \$oD implica una doble articulación: es el lugar del tesoro de los significantes; también de la pulsión, se lee como sujeto barrado en relación a la demanda. Como sustracción que aparece de este movimiento, concluye la fórmula del fantasma y su relación con el deseo. En la parte inferior la línea imaginaria, empezando por la imagen especular i(a), y el yo m. Hay un elemento que agrego al grafo, los colores. Con ellos, propongo esta transformación equivalente:



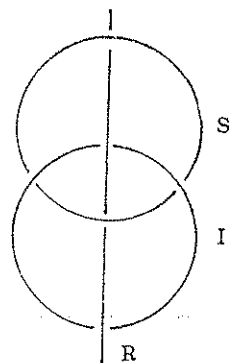
<sup>3</sup> Lacan, Jacques, "Écrits", "Subversion du sujet et dialectique du désir". Editions du Seuil, France, 1966, p. 817.

Es el nudo borromeo, en su estructura mínima, tres eslabones anudados de tal modo que ninguno penetra el agujero del otro, sin embargo anudados de tal modo que cualquiera de los tres que se corte los otros dos también se separan. Estructura mínima, necesaria para decir que aquí hay un nudo borromeo; siguiendo a Carlos Ruiz lo que nos aparta de un modelo es que no hay ningún plus innecesario. Escribí con verde lo simbólico; con azul lo imaginario y con rojo lo real y en el lugar donde se entrecruzan los tres registros, el objeto a. En eso no innovo, es como Lacan lo escribe. Ahora voy a mi propuesta: propongo una flexión del nudo borromeo sobre el grafo de la subversión del sujeto. Voy a intentar articular dos aspectos. Cuando Lacan escribe el nudo borromeo, en lo real escribe Vida y en lo simbólico Muerte. Intentaré articular Vida y Muerte, pulsión de vida y pulsión de muerte, para desplegar una frase de Lacan: "ambas como dos tiempos lógicos de una sola y misma pulsión"; voy a articular lo real que Lacan llama Vida y lo real de lo simbólico. En el nudo borromeo podemos desplegar como dijo Milner<sup>4</sup> una escolástica, de cada uno de los eslabones diferenciar lo real, lo simbólico y lo imaginario. En este modo como propongo escribir el nudo estoy poniendo en continuidad lo real de la vida, partiendo del sujeto intencional, con lo real de lo simbólico, la letra que aparece en el lugar del Otro real. Escribo lo real con la línea roja y anudo lo simbólico donde el fantasma aparece inscripto en esta línea, también entrecruzado con lo real y con lo imaginario. El objeto a que aparece en este lugar,<sup>5</sup> si deformamos el nudo comprobamos que coincide, exactamente, con el lugar que el objeto a tiene en el modo clásico en que Lacan lo escribe. Escribo en azul el lugar donde se produce el mensaje y la línea imaginaria, lo que Lacan llama el círculo del discurso vacío, círculo de lo imaginario.

<sup>4</sup> Milner, Jean-Claude, "Hérésies". Ornicar?, Editions Lyse S.P.S., París, France, 1982. Nro. 25.

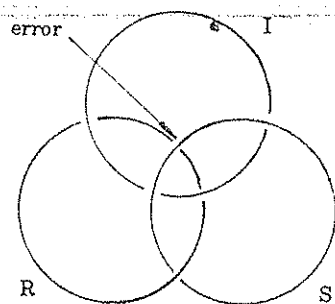
<sup>5</sup> Ver nudo, lugar rayado.

Planteado el nudo de este modo me sirve para avanzar, intento de responder las preguntas que formulé en relación a Joyce y más allá de Joyce en relación a la psicosis: qué lugar y qué operación, en el nudo, es la que falla; qué lugar y qué operación es la que restituye. Para simplificarlo lo puedo escribir de este modo:



Registro de lo Real, lo escribo como recta al infinito.

Lacan escribe en su seminario "Le synthome"<sup>6</sup> dónde está la falta —faute: falta, falla, error aún culpa— en el nudo borromeo de Joyce

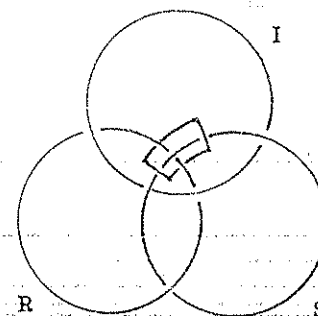


Lo simbólico que tendría que ir por debajo de lo real, va por encima y produce un efecto que al no anudarse en este lugar —ver nudo anterior—, lugar donde fracasa este nudo,

<sup>6</sup> Lacan, Jacques, "Le Synthome", 11 de mayo de 1976, p. 9.

lo imaginario se desprende: disolución de lo imaginario. Otro efecto que se produce por esta misma falla: lo simbólico penetra en el agujero de lo real, la realización de lo simbólico, entificación de la palabra. Para Schreber, el significante se entifica, el Otro retorna desde lo real, los pájaros parlantes hablan, los nervios se le meten por la cabeza.

Esta, por último, es la escritura con la que Lacan propone, resuelve Joyce su problema, estabiliza su estructura, liga el eslabón imaginario que se escapaba, con un cuarto nudo.



Represento en amarillo, lo que Lacan llama Ego: restituye el nudo borromeo (pagando, sin embargo, un precio).

¿Qué es el ego de Joyce, qué anuda? ¿Qué es eso que Lacan llama ego?: su escritura responde Lacan. Su escritura por el enigma que ella multiplica —Finnegans Wake, Ulises— se ofrece a la diversidad de las lecturas: los universitarios —subrayo este plural—, interrogando sus enigmas en lo real de la letra, del texto, lo hacen existir, aseguran la inscripción en lo real de su nombre.

Ego no es sino el eslabón que ofrece un Otro que en lo real anticipa para el sujeto un lugar posible. Para Joyce ese Otro en lo real es su escritura.

Un lugar para vivir,<sup>7</sup> excede la geografía para ofrecerse superficie de otra topología.

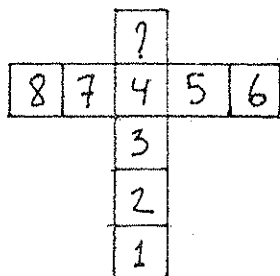
<sup>7</sup> Mannoni, Maud, "Un lieu pour vivre", Editions du Seuil, France, 1976. "Le théâtre", p. 157.

FOTOCOPIADORA  
 31 C. E. H. C. E.  
 Folio 117 S/F D/F

Si la castración reclama la doble condición: 1) de la falta en el Otro, ausencia de pene en la mujer, y 2) el significante en más que la sanciona, agente de la castración, su forclusión prescribe el tiempo posible de su advenimiento.

Ante un sujeto psicótico expuesto a los reclamos del Otro absoluto, se abre una instancia de cura posible: como Joyce la generó por su cuenta, se trata de ofrecer la trama, que no es sino de letra, en lo real, que acepte, anticipe, un lugar para el sujeto.

Voy a contar, brevemente, algunos ejemplos: un paciente —tuve oportunidad de escucharlo en el Hospital Piñero—, en el momento de la presentación clínica que habitualmente realizamos; en la entrevista lo único que responde es con lo que en la psiquiatría clásica llamamos un balbuceo; aguardo un rato, todo sigue igual. Sabemos de su historia, que antes contó quien está a cargo de esta cura, que se trata de alguien a quien su madre dejó abandonado muy chico, cuando tenía dos años, pues su padre la echó de la casa diciendo que era loca. La madre se fue al Paraguay y nunca más volvió. El es el noveno de la serie de hermanos y acude con su sintomatología psiquiátrica: todo nos hace pensar que se trata de una psicosis, que en la psiquiatría clásica se llama esquizofrenia. Contesta con ese balbuceo, pareciera que no hay más, cuando le proponemos lo siguiente: ¿no querría Ud. dibujar algo? Para nuestra sorpresa dijo sí, le dimos lápiz y papel y entonces produjo esto:



este es el orden, incluso, con que los escribió: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, ? (signo de interrogación). No podía hablar, pero en la escritura indicó su lugar: en una cruz, su cruz, una interrogación: ¿qué soy yo para el Otro primordial? ese que en un cierto momento desaparece trastocando la estructura. El era el hijo número nueve.

Otro ejemplo: una paciente en pleno delirio —de origen oriental, china— llega a la Argentina con su padre que había sido expulsado por presunto espía comunista. En la Argentina pone un prostíbulo hasta que va preso. Desde hace unos años, con su hermano y la mujer de éste que parece ser una mujer de la vida, pone un restaurant, en el cual también trabaja la paciente, su hija. Un día sucede un altercado de la paciente con esta mujer; llama al padre para que la defienda y el padre en lugar de defenderla le dice que se quede tranquila, que no moleste. Ese es el momento del desencadenamiento de su delirio. En la entrevista que le hacemos entra llorando, con un delirio que habla de la guerra de las Malvinas; “los jóvenes se mueren, los jóvenes se mueren”, llora, grita; intervengo, le repito: “los jóvenes se mueren”. Responde: sí, sí, los jóvenes se mueren, los jóvenes se mueren; un banco, un banco... (indica el banco). Le ayudamos a traer un banco, no había banco más grande en el Piñero, tenía como tres metros de largo, lo traemos entre varios, lo pone allí y entonces me pide que me siente en el banco. Ahora sí, se pone a hablar de lo que se trata; ya no da más, se quiere morir, pero no porque se quiere morir, es que ya no da más de cargar ella sola con ese banco de acusados, donde el acusado era el padre.

Otro ejemplo, lo tomo de Maud Mannoni, de su libro *Un lugar para vivir*: un paciente, un niño que ella presenta, probablemente psicótico, participa en la representación de una recreación de “Alicia en el país de las maravillas”. En medio de la representación, en un momento dado en que se está haciendo el juicio famoso del cuento de Alicia, el chico se asusta y tiene miedo: “tengo miedo”, empieza a gritar; entonces, el que está en el papel del juez le dice: “que se callen los

que gritan si no voy a desalojar la sala". Inmediatamente el chico se integra a la representación y siguen.

El último ejemplo, es de la Escuela Ortogénica de Chicago de Bettelheim.<sup>8</sup> Bettelheim le cuenta a un periodista, comentando el caso Marcia, de una niña que llega al mundo, y por distintas razones su padre y su madre la desean muerta. Bettelheim pensando que eso es algo que se repite bastante en niños autistas, en niños psicóticos, acepta que le es necesaria una cuna, una cuna para ofrecer un lugar a esos niños que necesitan algo de ese tiempo, para ellos inexistente, en que el Otro no les dio un lugar consagrado. Pero son niños que ya tienen ocho, nueve, diez años. Dice: "yo podría haber comprado una cuna cualquiera o haberle dicho al carpintero que la hiciera pero se notaría que se trata de una cuna especialmente preparada para esos chicos. Buscando y buscando conseguí una de hace tres o cuatro siglos atrás, una cuna provenzal, se hacían de otro tamaño en ese tiempo —no sé si los chicos venían más grandes— y esa cuna sí me sirve, les doy un lugar, un lugar entre otros.

Son distintos modos con los cuales el analista produce letra en lo real, que como la escritura de Joyce, según la retórica y la lógica que porten anticiparán o no un lugar posible para el sujeto.

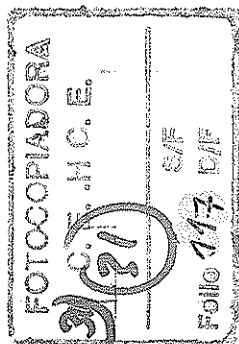
Algunas conclusiones se desprenden:

1) Excluimos de la cura posible, la relación a un analista como el lazo social del discurso del analista en la neurosis: en la psicosis el analista no sostiene ni el lugar del Sujeto supuesto Saber ni el lugar de semblante de a.

2) Propiciamos un espacio apto a la diversidad de las intervenciones, con demultiplicación de los agentes que impida la equivalencia de un analista al Otro, igual al otro, por la lógica que está en juego.

3) Para las intervenciones excluimos la interpretación como lógica de la castración que instaaura el corte por el que el sujeto se instituye allí donde el objeto a cae.

<sup>8</sup> Bettelheim, Bruno, "Hacia una nueva comprensión de la locura", Editorial Crítica, Barcelona, 1981.



Las intervenciones en la psicosis las pensamos como letra en lo real que anticipan al sujeto un lugar posible. —Sólo trayendo ese banco esta joven china pudo hablar del banco de los acusados.— Implican una retórica que no desconozca una lógica de consistencia e incompletud, en la trama de un texto que es rebus en lo real.

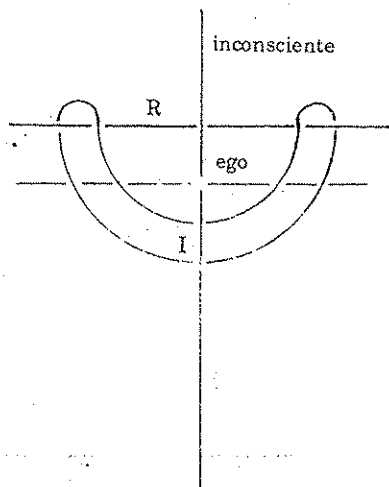
4) La diversidad de las intervenciones (que siguen las letras insinuadas por el sujeto) forman la escritura que el genio de Joyce, sólo, enhebró.

Pregunta para concluir que nos sirve también para abrir nuevas cuestiones: ¿qué pasa con el delirio en la psicosis?

Voy a cometer una herejía, voy a hablar del error de Lacan —por suerte Lacan no tenía dificultad en mostrar los errores de Lacan, él mismo dice en este seminario *Le Symthome* que haciendo los nudos muchas veces se equivoca—.

Lacan escribe que Joyce con la escritura como cuarto anillo vuelve a constituir el nudo borromeo —ver nudo anterior— Digo que Lacan se equivocó: el ego anuda pero no produce un nudo borromeo, obtiene que lo imaginario quede anudado pero no es un nudo borromeo porque si separo un eslabón, los otros tres no se separan, condición necesaria para que sea un nudo borromeo; el lugar donde lo simbólico penetra el agujero de lo real, o su recíproca lo real penetrando el agujero de lo simbólico, permanece. ¿Ese error de Lacan no estará diciendo una verdad?: la cura del psicótico no implica la desaparición de su delirio sino que éste quede acotado. Pero el error de Lacan hay que tomarlo con prudencia, su genio no dejó de señalarlo: fue él quien dijo que Joyce estabilizó su estructura pero su psicosis y el delirio siguieron jugando. ¿Dónde es leible?: la hija de Joyce, Lucía, es esquizofrénica, escucha voces. Joyce defiende contra todos que esas voces no son más que el producto de la aptitud telepática de su hija. ¿No leemos ahí la persistencia del delirio? Delirio que esta cura re-envía al infinito, arriesga también por su retorno. De su envío al infinito este nudo<sup>9</sup> da su escrito y la posible razón de una cura que avanzamos:

<sup>9</sup> Lacan, Jacques, "Le Synthome", 11 de mayo de 1976, p. 13.



## El melancólico objeto del maldecir

Supé que habitabas en mí  
cuando interrogué tu ausencia.

NEMER IBN EL BARUD

“La sombra del objeto recae sobre el yo.”<sup>1</sup>

Así dice el aforismo, la insoluble resolución que al melancólico aqueja.

¿Qué sombra, de qué objeto anuncia; quién padece de su carga?

Objeto de amor, la alianza narcisística que implica, supone que la pérdida del ser amado, bien podría arrastrar en su caída, al amante.

Respuesta que no alcanza a las cuestiones que a esta dimensión imaginaria rebasan: el sinsentido de la vida que el melancólico sufre, la ausencia de algún interés, aun de cualquier apetito, como la queja y los reproches que se dirige sin ser menos sufrimiento de su entorno.

“Todo estaba en su objeto de amor”, podría ser la respuesta a la serie de los fenómenos que la clínica recoge si una objeción no advirtiera: ¿qué determina esa absorción por el objeto de amor, qué es este “todo” que aquel atrapa?

Por otra vía, es en el Otro de amor donde el sujeto busca y por eso ama, el objeto que causa su deseo. Otro que sostiene y guarda el bien preciado y con razón, por el sujeto.

<sup>10</sup> Mayette Viltard, “Sur la ‘liquidation’ du transfert”, Littoral Edition érès, France, marzo 1985, p. 98.

<sup>1</sup> Freud, Sigmund, “Duelo y melancolía” en *Obras Completas*, XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, p. 246.